

## ¡Adiós, bojote!

Elisa Lerner

**P**ara los años de la Segunda Guerra Mundial, al señor Lerner, a la señora de Lerner y a sus dos pequeñas hijas, les tocó vivir en una simpática y vieja casa de la parroquia de San Juan.

Ruth, la mayorcita de las niñas, era el orgullo de la cuadra y, acaso, de media docena de cuadras más allá. Su rostro tenía la textura de una suave manzana importada. Pero nunca el máspreciado fruto de California pudo estar en posesión de la picardía, de la risa que movía, tan inquietamente, la viva manzana de ese rostro. Mas era Ruth, sobre todo, adulada a causa de los variadísimos rizos de su cabellera: esa ondulante y muy rica filigrana de crespos y de tirabuzones que caían, tan regiamente, sobre su carita. Los primeros aduladores de la ensortijada cabellera eran los niños de la cuadra. Al no más ver a la afortunada dueña de los rizos en el portón de su casa por unos momentos, cortésmente, paraban un astuto correr de metras para homenajear a su ídolo, al tiempo que lanzaban gritos indios de: “¡Viva Shirley Temple!”.

Nunca importó que las copiosas ondulaciones que se mecían sobre la cabeza de Ruth fueran negras, negrísimas y no rubias como las de Shirley Temple. Lo importante es que alguien que no era de Hollywood, alguien que era de San Juan, las tuviese. Así de solidarios fueron los caraqueños de hace tiempo.

Además de linda, era Ruth de despierto sentido organizativo. Mamá le decía a la muchacha que la ayudaba en la limpieza: “Edelmira, hazme el favor de bajarme los platos que están más arribita, hacia allá”, y la del admirado ensortijado inmediatamente apuntaba: “Europa”. “No, Edelmira –continuaba mamá–, las cucharas, chica, que están allí mismo en tus narices”. Entonces la bella niñita se metía: “América”. “No, Edelmira –señalaba mamá algo impaciente–, son las tazas que están mucho más allá, que permanecen escondidas al fondo”. Y Ruth, como siempre, rapidísima: “Es África u Oceanía”.

A mí, la hermana menor –a mí siempre me ha tocado lo menor–, nadie me dijo nunca, como a Ruth, Shirley Temple ni nada por el estilo. Por eso durante los años de infancia siempre soñé con poseer una muñecota Shirley Temple. Mi hermana, por el contrario, nunca tuvo necesidad de albergar tan inútiles deseos. ¿No fue la Shirley Temple del barrio? Pero mamá no andaba contenta: tenía una hija gordita y otra... flaquita. En esos tiempos de guerra en el mundo, los niños de América (según mamá) teníamos la obligación de ser robustos.



Si en este lado de la Tierra estábamos a salvo, debíamos demostrar tan felicísima situación en forma muy real y efectiva: lo adiposo alguna vez tuvo excelsa calidad patriótica.

Mamá no fue solitaria defensora de las grasas humanas. El país atravesaba un período de vacas flacas y cierta gordura fue una de las pocas y excepcionales maneras que en Venezuela se tuvieron a mano para ostentar alguna prosperidad. De modo que en esos melancólicos tiempos del posgomecismo, a una persona algo

pasada de kilos se la veía con el respeto (con la ilusión) que hoy se tiene para el compatriota, propietario de un millonario apartamento en Santa Rosa de Lima o en La Lagunita.

Sin embargo, en la actualidad, pienso que si mamá tanto sufrió porque en los primeros años de la infancia no fui rolliza como mi hermana lo fue, porque, en el fondo, ella desde muy joven siempre ha tenido agudo espíritu de justicia social. Desde sus muy iniciales días tuvo algo

VIENE DE LA PAG 1

de socialista. Ruth, siendo la hija mayor, era, para ella, algo así como la clase alta. Yo, la menor, fui la clase baja. Bueno: mamá, acaso, quiso ser el mejor de los gobernantes. Deseó que su clase baja luciera tan próspera y bien nutrida como su clase alta.

Hubo un momento en que las cosas parecieron mejorar para mí: no porque a mis huesecitos de niña los empezase a cubrir la jugosa crema de cierto grosor. Fue cuando a las dos hermanitas nos fue permitido recorrer, a solas, algunas pocas cuadras de San Juan. Es posible que no fueran tiempos de pleno empleo. En casi todos los zaguanes de las casas, a cualquier hora del día a partir de Quebrado y algo más allá de Angelitos a Jesús, estuvieron parados unos compatriotas flaquitos que, al ver llegar a Ruth junto conmigo, comenzaban a decir muertos de risa: “Adiós, bojote, ¿no te da pena? Te coges toda la comida y no dejas nada para tu hermanita”.

¡Adiós, bojote!

El primer bojote casi siempre se dejaba oír como la voz delicada y susurrante de un solo de concierto. Pero a medida que, de un zaguán a otro, iba creciendo la música de los guasones, el adiós, bojote llegaba a convertirse en el canto insistente de una melodiosa pero muy burlona ópera popular.

Tan singular ópera callejera, oída por primera vez, me provocó risas. En cambio, la adulada Ruth, con lágrimas que casi le cubrían los rizos, llegó a la casa diciendo a mamá: “Me han dicho bojote. Me han dicho que me robo y me como la comida de mi hermanita”. “Eso es envidia. Pura envidia. Ya esos flaquitos de Quebrado y de Angelitos quisieran ser tan lindos y bien alimentados como tú, mi niña” –replicó mamá.

A nuestro paso, por algún tiempo, los zumbones sanjuaneros continuaron diciéndole a Ruth: “Adiós, bojote”, pero a ella ya no volvieron las lágrimas. Altiva, sin amilanarse, siguió viéndoles desde su gorda belleza infantil. Aunque, acaso, a esa redonda y linda niña que fue mi hermana, nunca le molestó el divertido saludo de bojote, sino que se le culpase de un delito no cometido: apropiarse de la comida de su hermanita, ella que era toda generosidad y esplendor para con la más pequeña de la familia. Porque Ruth, a los pocos días, había llegado a amar la dicharachera ternura, las voces francas surgidas desde los zaguanes de Quebrado y de Angelitos.

Y estoy segura de que, hoy, en el gordezuelo cuerpo de una chiquilla, mi hermana oye la maliciosa pero tan bella ópera sanjuanera que hacía decir a sus improvisados pero muy inspirados cantantes: “¡Adiós, bojote!”

Fin

De *Así que pasen cien años* (2016)

Elisa Lerner

(Valencia, Venezuela, 1932). Narradora, cronista, humorista, diplomática y dramaturga. En los años cincuenta formó parte del grupo literario Sardo, opuesto a la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Reconocida en el año 2000 con el Premio Nacional de Literatura. Destacan en su obra títulos como *Vida con mamá*, *Crónicas ginecológicas* y *Homenaje a la estrella*.



# Una estrella para mamá

Hace solo algunas noches que Diego escuchó a sus padres discutir. Ahora, él pasa las horas, preocupado y entristecido, pensando en esa última frase que le dijo mamá a papá: “El amor no es suficiente”, luego papá empacó y se fue.

—¿Qué otra cosa necesita mamá? —Le decía Diego a su osito de peluche. Él pensaba que el amor era lo único que unía a las personas y pronto empezó a preocuparse por no tener otra cosa que dar.

—Será mejor darle alguno de mis juguetes —continuó diciendo—. Pero mis juguetes son para niños, a ella no deben gustarle mis juguetes... ¿Y si le dibujo una flor? No creo que funcione, las flores representan el amor y ella le dijo a papá que el amor no es suficiente. ¿Qué otra cosa querrá mamá?

Pero su osito de peluche no le respondió y Diego se inquietaba cada vez más.

—¡Ya sé! —grito entusiasmado—, le regalaré esta mariposa que atrapé hoy en el jardín de la escuela, así podrá ver sus colores y alegrarse; papá una vez le dibujó a mamá una en el hombro con mi marcador de la escuela.

Apagó la luz de su habitación y quiso soñar los mejores sueños para regalárselos a mamá al día siguiente; sin embargo, se levantó frustrado al recordar que papá le decía a mamá cada día: “Siempre sueño contigo” y ella le ha (había) dicho que el amor no es suficiente.

Así, una y otra vez cada día (idea) que se le ocurría terminaba por descartarla.

Ya atormentado abrazó a su osito de peluche y se sentó en la ventana de su habitación. Entonces, al mirar el cielo, recordó otra frase que le había dicho mamá a papá: “Me prometiste las estrellas y no moviste ni un dedo para eso”.

Volvió el entusiasmo a su corazón y bajó de su ventana dando un salto.

—¡Eso es lo que necesita mamá, estoy seguro de que eso es! —le decía emocionado a su osito de peluche.

Trabajó duro toda la noche armando un plan secreto para conseguir una estrella. Y al día siguiente, al despertar, metió en su mochila lo que necesitaba para su expedición. Y junto a su osito de peluche comenzó a hacer realidad su proyecto. Sabía que algunas estrellas caían en el océano, así que eso era lo primero que debía hacer, llegar hasta el mar.

Según sus cálculos viajando en bicicleta él y su osito podían llegar en ocho horas. Decidido salió y tomaron la avenida. Con el temor que viene acompañado del entusiasmo, Diego pedaleó y pedaleó a toda prisa, con todas sus fuerzas y las de su corazón. Con todo su deseo de ver a mamá y a papá felices de nuevo.

—Debemos resistir, señor Tedy —gritaba Diego—. Debemos llegar a la playa: “El amor no es suficiente”, hacen falta estrellas; atrapemos una para mamá.

“

Ya la luna empezaba a llenar de plata el océano y se vislumbraban algunas estrellas a lo lejos como las luciérnagas en el pequeño jardín de su casa...

”

Esforzándose al máximo recorrieron largo trecho, pero según el mapa de la ciudad que llevaba en su mochila aún faltaban muchos kilómetros; tomaron un descanso mientras comían chocolates para recuperar energías y se pusieron nuevamente en marcha.

Ya era de noche cuando llegaron al muelle y a esas horas no habían paseos en bote. Diego, decepcionado, se sentó en la orilla del malecón y miró las olas que reventaban en las rocas haciendo una espuma como la de la merengada de vainilla.

Ya la luna empezaba a llenar de plata el océano y se vislumbraban algunas estrellas a lo lejos como las luciérnagas en el pequeño jardín de su casa.

Recordó una noche en la que caminó con mamá y papá por la orilla de la playa y el silencio era hermoso porque se podía escuchar el rumor del mar, y a mamá y papá decirse que se amaban; ese día corrieron por la playa y cuando lo atraparon a él, lo llenaron de besos y cosquillas.

—No podemos rendirnos, señor Tedy, debemos seguir hasta el final.

Diego suspiró como atrapando en su aliento el valor necesario para lo que se proponía hacer y sin pensarlo ni un instante más subió a uno de los botes anclados en el muelle, quitó las amarras y remó y remó hasta adentrarse en el océano. La luna ya estaba en su máximo esplendor y parecía flotar en el mar como un gigantesco alfajor. Cuando ya estaban lejos de la orilla, Diego sacó de su mochila un guante de baseball (beisbol) y se instaló a esperar a que alguna estrella cayera. Logró ver a muchas desprenderse del cielo, pero iban a caer muy lejos; parecían volar y se evaporaban dejando una estela.

Cansado de esperar toda la noche, se durmió a la deriva.

Unas voces empezaron a escucharse cada vez más cerca y un rayo de sol se sentía intenso y tibio en su cara; al abrir los ojos, la claridad del día



Jim Robinson Medina

le lastimó la vista, tuvo que frotarse con el revés de los dedos hasta esclarecerse. Entonces, vio a unos hombres en un barco que lanzaban salvavidas al agua y le gritaban cosas.

Ya a salvo en el barco le hicieron muchas preguntas, a las que él, temeroso, apenas logró contestar, deseando que no fuese aquel un barco pirata con un capitán malvado como los de las películas.

Después de un rato vio a unos hombres que sacaban del mar enormes redes cargadas de peces, una de ellas al soltarse, arrojó sobre la proa una hermosa estrella de mar color naranja. Al verla, Diego corrió a pedírsela a uno de los pescadores, este buscó la aprobación del capitán, y luego (y al obtenerla), metió la estrella con agua en una bolsa plástica transparente (se sugiere al autor dar otro giro) y se la dio.

—Debes amar mucho a tus padres para hacer todo lo que hiciste —le dijo el capitán.

—Cuando una persona ama de verdad, es capaz de lograr cosas que parecen imposibles, tan solo para regalar un poco de felicidad, pero debes saber que el amor no tiene nada que ver con estrellas ni con diamantes. El amor cabe en un abrazo, en un pequeño beso, en una mirada, en una lágrima; el amor es un paraíso que se atrapa cuando dos enamorados se toman de la mano, no tiene precio ni condiciones; no es un trato o un intercambio, es un resplandor, una luz, una sonrisa. Lo que hiciste ha sido muy valiente, pero arriesgaste tu vida y les has causado un susto a tus padres al no saber de ti, y la angustia, la desesperación y la tristeza causan infelicidad, que es como una tormenta que puede destruir un gran barco. Pronto llegaremos y tus padres ya te esperan en el muelle, no ha sido la estrella lo que los ha unido, has sido tú y el amor que ambos te tienen. No olvides eso, muchacho.

Después de esas palabras el capitán guardó silencio mientras miraba el horizonte. Diego contempló por un instante la estrella que había conseguido para mamá y luego la arrojó al mar y con una sonrisa la miró hundirse. El capitán sonrió y le dijo:

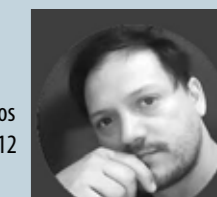
—Has enseñado a un viejo navegante la lección más importante de la vida —ambos miraron hacia el muelle entusiasmados por pisar tierra y llegar a ese cálido lugar que se llama hogar.

Fin

De *El invencible* (2014)

Jim Robinson Medina

(Venezuela, 1980). Es profesor de lengua y literatura. Ganó el X Concurso Internacional de Cuentos de Otxarkoaga, Bilbao, España 2012 y fue seleccionado para publicación en el concurso Los desiertos del ángel (2013), Aragua, Maracay. Ha publicado poemas con Niña Pez ediciones de Argentina. El cuento “Una estrella para mamá” forma parte de su libro: *El invencible*, publicado por Grupo Editorial Aragua, C.A., en 2014.



EL AUTOR

# El reloj

José Daniel Chirinos

**E**l día y la noche se encontraron una vez más, ni cuenta me había dado pero llegaron sin avisar, quizás ha de ser por lo descompensado que estaba. Ya eran cinco semanas las que llevaba sin lograr conciliar el sueño. Dormir sin querer. Vivir sin dormir. ¿Cuál era la diferencia?

Recuerdo aquel día tan confuso, se supone que yo debía llegar primero que todos, pues la puntualidad que para aquel entonces era perfecta, tanto que sin querer me hacía actuar de forma arrogante, con poco escrúpulos, y sin darme cuenta lastimaba a todos con mi insensatez al reclamar por la imperfección de su irresponsable puntualidad.

Aquello era un caos a pesar de que tenía todo calculado.

Del equipaje, de los alimentos para el viaje, solo me faltaban esos ricos chocolates que vendían en la calle 144, cerca de la avenida Boyacá, cuyo aroma ya podía sentir desde una cuadra antes.

Ese día, luego de tener todo preparado y con el tiempo calculado, bajé con tal calma por las escaleras del edificio donde vivía hacía ya un mes, que parecía una madre que no quería despertar al bebé recién nacido. Iba tarareando mi canción preferida.

Al salir del edificio, ya con un rumbo fijo, caminé a la tienda donde vendían mi apreciado chocolate; pero el entusiasmo me duraría poco, por ese vendedor ambulante que todos los días estaba conversando con alguien cuando pasaba, ¿por qué ese día tenía que interrumpir mi magnífica danza a la gloria? —Buen día caballero, me gustaría mostrarle algo —dijo el vendedor.

Traté de ignorarlo, no había nada que me molestase más que me interrumpieran en lo que fuera.

Le dije que llevaba mucha prisa, pero aún así no hubo forma alguna, se interpuso en mi camino y al darme cuenta tenía la revista que vendía en mis manos.

Pude notar que su rostro dibujaba la angustia de alguien que tenía hambre, el rostro sudado por aquel calor que cubría nuestra ciudad, me hizo tomar la decisión de ayudarlo, sentí ese gran compromiso.

Ya estando comprometido a ayudarlo a comprar su revista, comencé a soltar el maletín que llevaba en mi mano derecha, para buscar en mi billetera, pero por mala suerte, el billete estaba roto.

Quise regresarle la revista pero luego de escuchar tan trágica anécdota —la de que su hijo fue víctima de un accidente automovilístico y que con el dinero recaudado podría ser intervenido y recuperarse de tal tragedia—, decidí abrir mi equipaje, antes alcancé a mirar mi reloj, el que durante años me había indicado cuándo llegaba el momento.

Finalmente, luego de mover y remover mi equipaje encontré el billete que quería darle a aquel desdichado hombre.



Luego de despedirme del vendedor, avancé como gacela ampliando mis pasos en busca de mi amado chocolate. Estimulante por naturaleza y aditivo esencial para esos momentos en los que mi alegría cesaba para darme cuenta de muchas cosas a mi alrededor.

Pero fue trágico, pues la tienda ya había cerrado. Miré mi reloj y me percaté de que las manecillas no se movían, le di varios golpecitos en el cristal pero ni la virus técnica de resucitarlo fue efectiva, el paciente reloj estaba paralizado. Fue cuando me invadió el primer pensamiento de culpa por no cambiar la pila, como correspondía a los tres meses.

Aunque mi frustración persistió, tuve la brillante idea de correr y acercarme a la vidriera, esa que me permitía saludar al vendedor a diario, cada vez que pasaba frente a la tienda.

Había un reloj en la pared junto al mostrador principal, tenía la forma de un pastel de chocolate. La hora que marcaba era avanzada, solo podía darme cuenta de que era tarde. Miré a la calle y justo se aproximaba un taxi, no vacilé en abordarlo, aun y sin saber si tendría lo suficiente para pagarlo.

El taxista pudo leer en mi expresión que llevaba prisa y con gran velocidad se enrumbo al aeropuerto.

Una vez más no comprendí que ocurrió y era que en la vía había un accidente, un camión había chocado, al parecer perdió los frenos y frente tenía dos vehículos con los cuales impactó fuertemente dejando

heridos y obstaculizada toda la vía a lo largo.

De pronto recibí una llamada a mi teléfono de un número que no tenía registrado, no quise responder. No tenía cabeza para nada y menos para llamadas desconocidas. Insistieron una y otra vez. A la cuarta vez, respondí, era mi madre angustiada, lloraba fuertemente y solo decía: “¿Estás bien?”. Desconcertado pregunté a qué se refería; fue entonces cuando mi madre me contó la noticia de que el avión en el que viajaría se había estrellado a pocos minutos de despegar.

Y comprendí mi única razón para continuar. ¿Realmente se trataba de una intención oculta? Entonces no fue casualidad el porqué desistí de ese viaje.

Fin

EL AUTOR

**José Daniel Chirinos** vive en Valencia, estado Carabobo, su labor fundamental es la de psicólogo clínico. Se ejercita en la guitarra clásica y es un buen ejecutante. Escribe relatos con finales inesperados.

